

# La historia de la lectura como laberinto y desmesura

Alejandro E. Parada

*La historia de la lectura ha cobrado en la actualidad una enorme importancia, especialmente en el campo de la historia de la cultura moderna. Esta nueva disciplina permite múltiples modos de acceso, asimilándose de este modo a un serpenteante laberinto.*

En los últimos años, dentro del universo de la civilización escrita, se ha producido una serie tan importante de transformaciones que, en la actualidad, resulta complejo resumir su envergadura. Estas mutaciones son de tal complejidad que, inequívocamente, presentan un escenario de “incertidumbre textual” donde, entre muchos, es posible señalar dos aspectos característicos: en primer lugar, la convicción de nuestra presencia inmersa en un cambio (ahora informático) similar al que aconteció en el momento de transición del volumen (rollo) al códice (libro) en la Edad Antigua o, más cercano en el tiempo, aquel que pautó el transcurrir de la civilización manuscrita (amanuensecopista) a la imprenta (impresormultiplicador). Nuestro universo visualelectrónico de lectura sobre el soporte de una pantalla es, pues, un acontecimiento que se instala dentro de estas revoluciones en la transmisión de la cultura escrita impresa y de la lectura. En un segundo momento, es posible señalar nuestra enajenación y constante vacilación para identificar e intentar reflexionar sobre este fenómeno que, por momentos, no sólo resulta inexplicable, sino que nos asedia con su imposibilidad de cierta comprensión racional.

Rastrear entonces la variedad y dificultad de este proceso resulta, desde ya, una tarea que excede la presente contribución. No obstante, con las limitaciones del tema, acaso sea posible mencionar algunas de las

características (no todas) que han pautado “el acontecer y el quehacer” del hombre con sus íntimas relaciones textuales. Desde esta óptica todas las disciplinas del conocimiento se encuentran involucradas y, por qué no, fagocitadas por las nuevas modificaciones.

Empero, la historia de la lectura, dentro del área de las humanidades y las ciencias sociales, es la asignatura que ha intentado absorber buena parte de estas mutaciones e, incluso, se ha esforzado por implementar en la práctica varios de sus conceptos. De modo tal que el análisis y la identificación de algunas de las orientaciones de esta disciplina constituyen una excusa inmejorable para acceder a un estudio provisional de ellas.

El presente artículo se centrará en comentar este nuevo y apasionante campo de estudio, donde conviven los creadores de la civilización escrita, impresa y virtual: autores, editores, impresores, diseñadores gráficos, distribuidores, libreros, bibliotecarios y, por sobre todo, lectores. La intencionalidad tomará la forma de un inventario abierto e instrumental para promover la discusión y el debate. Por añadidura, un punto aclaratorio: el presente acercamiento se ceñirá al ámbito de la bibliotecología y, específicamente, a la mirada del bibliotecario, es decir, de aquel profesional que incursiona como mediador social entre el texto y el lector.

Antes que nada, el entorno teórico fundacional: la escuela de los

*Annales*, esto es, la “nueva historia” que se agrupó en la publicación *Annales: économies, sociétés, civilisations*. Esta concepción historiográfica que impulsó la denominada *histoire totale* constituyó, en última instancia, una reacción al modelo de historia propuesto por Leopold von Ranke, quien sostenía que los sucesos políticos eran el objeto de la historia. Por el contrario, la escuela de los *Annales*, en cierto sentido amplio, extiende su campo histórico a todas las actividades que llevan a cabo los hombres en una sociedad determinada, deja a un lado la narración de los acontecimientos en aras del análisis de las estructuras, instala su mirada en el acontecer de los “sectores populares” (“los de abajo”), cambia el paradigma de los documentos originales en los cuales se basaba la historia tradicional (por ejemplo, incorpora los testimonios orales y visuales), duda de la prescindencia en la tarea del historiador cuestionando así el principio de objetividad y, finalmente, centra su interés en el universo de la investigación interdisciplinaria (Burke, 1993:1119).

Dentro de este proceso, es importante señalar que la historia de la lectura es una asignatura muy reciente y que se encontraba incluida, parcialmente estudiada y sin configuración metodológica alguna, en una disciplina de antigua data y prestigio: la historia del libro y de las bibliotecas. ¿En qué consistía, en consecuencia, su campo de trabajo desde fines del siglo XIX hasta 1980? Su horizonte de expectativas era el análisis cuantitativo. Durante buena parte del siglo XX, los estudios sobre los hábitos de lectura se centraron en el análisis estadístico de los inventarios *post mortem*, de los catálogos de los libreros, de los documentos oficiales que daban noticias de los impresos publicados, etc. Estas aproximaciones cuantitativas tuvieron un importante desarrollo en Europa, fundamentalmente en Francia y Alemania (Chartier, 1993). Por otra parte, América y, en especial, la Argentina, también ocuparon un lugar de importancia en esta primera etapa de la historia de la cul-

tura impresa y de las bibliotecas (Torre Revello, 1940 y 1965; Furlong, 1944; Luque Colombres, 1945; Leonard, 1953; Cutolo, 1955; Comadrán Ruiz, 1961; Sabor Riera, 1974/1975).

Sin embargo, el inventario de las bibliotecas particulares y los listados comerciales de libros en venta resultaban, inexorablemente, insuficientes. ¿Cuáles eran las razones? Entre otras, unas pocas particularidades son elocuentes. Primero, porque un libro poseído no significa un libro leído y, además, el elenco bibliográfico de una colección particular no es, al parecer, el único ámbito de la lectura, ya que un lector recurre a otras instancias lectoras, por ejemplo, las obras solicitadas en préstamo y luego devueltas a sus dueños originales. En segunda instancia, las pruebas fehacientes de los libros leídos son muy escasas y, lamentablemente, están dispersas en documentos que no solían ser tomados en cuenta, tal el caso de las obras que han sido subrayadas y anotadas por sus lectores en el momento mismo de la lectura.

De modo que el análisis cuantitativo, importante pero insuficiente, debió ser auxiliado por otra metodología complementaria: la interpretación cualitativa a través de los usos y de las prácticas de lectura. El principal propulsor de esta nueva orientación fue Roger Chartier, cuyas numerosas contribuciones señalaron la necesidad de reparar en los modos en que los lectores se apropiaban de los textos impresos, fundamentalmente en el Antiguo Régimen (Chartier, 1993; 1995; 1996a; 1996b, 1999). Empero, Chartier no fue el único en plantear la necesidad de abordar una relectura de los usos sociales para relacionarse con la cultura escrita y tipográfica. La lista se incrementó con las contribuciones de Mijaíl Bajtín (1990), Carlo Ginzburg (1999), Robert Darnton (1998), Guglielmo Cavallo (1998), Peter Burke (2001), Fernando J. Bouza Álvarez (1997), Alberto Mangel (1999), y otros muchos como Jesper Svenbro, Reinhard Wittmann, Anthony Grafton, Dominique Julia, Paul Saenger, Malcolm Parkes, Alan K. Bowman, Greg Woolf,

Antonio Castillo Gómez, Eric G. Turner, Jesús A. Martínez Martín, Maxime Chevalier, J. Cerdá, Philippe Berger, Elizabeth L. Eisenstein, M. de Certeau, Philippe Ariès, etc. También entre nosotros, lentamente, comenzaron a editarse varias contribuciones que abordaban, aunque en forma aún parcial



y modesta, el problema de los usos de la civilización impresa y de las prácticas de la lectura (Rípodas Ardanaz, 1977-1978, 1989, 1994 y 1999; Parada, 1998a, 1998b, 2002, 2003a, 2003b, 2004 y 2005; Verón, 1999; Vera de Flachs, 2000; Di Stefano, 2001; Cucuzza, 2002; Caro Figueroa, 2002).

La cuestión debía resolverse, entonces, identificando las maneras con las cuales los hombres, a lo largo de sus vidas, se relacionaban con la materialidad y la textualidad del libro para “aprehender” el discurso tipográfico. De modo tal que los inventarios estadísticos de los acervos bibliográficos particulares

e institucionales, que poco y nada decían acerca de las lecturas realmente realizadas, fueron reemplazados por otros tipos de documentos donde la visibilidad de las improntas lectoras era mucho más significativa y “casi palpable”.

Resulta fundamental, en aras de detectar los repositorios existentes en la Argentina y así alentar futuras investigaciones, enumerar algunos de los documentos originales a los que se podría recurrir o a los que ya han apelado numerosos estudiosos extranjeros y nacionales. Una breve lista tentativa y provisional es la siguiente: los avisos publicitarios de la prensa periódica (Parada, 1998b), los registros de los usuarios de las bibliotecas –circulantes, públicas, populares, privadas, de préstamo, de instituciones oficiales y particulares, etc.–, las “marcas y señales” (*marginalia*) y los comentarios de la lectura dejados en los libros por los antiguos propietarios (Jardine-Grafton, 1990; Stoddard, 1985), los archivos aún inéditos de las editoriales y de las imprentas (Darnton, 1982), el estudio de la lectura en el vasto universo de las imágenes –pinturas, dibujos, grabados– (Chartier, 1991), el análisis de la “escritura expuesta” en las ciudades –escritura en monumentos, avisos, afiches, panfletos, volantes, epitafios– (Petrucci, 1999 y 2003), los repositorios documentales en los organismos públicos y particulares –academias, sociedades de fomento, asociaciones barriales, entidades de difusión cultural– (Gutiérrez-Romero, 1995), la evolución histórica de los hábitos de lectura en las bibliotecas vinculadas a la enseñanza –primarias, secundarias, universitarias–, el análisis de las ediciones destinadas a los sectores masivos y de consumo (Sarlo, 1985; Prieto, 1988), tan solo por mencionar unos pocos ejemplos, tanto autóctonos como extranjeros.

La historia de la lectura, además, asimiló un conjunto de concepciones teóricas que cambiaron radicalmente la naturaleza de sus estudios. Por razones de orden y sencillez expositiva solo es posible señalar algunas de estas nuevas características. En

primer lugar, la caída de un concepto que había reinado desde el Renacimiento: la modificación de la visión determinista por la incorporación del principio relativista. La quimera de una historia objetiva y única ya era imposible. Los nuevos historiadores culturales y, entre ellos, aquellos que se abocan a la investigación del universo de la escritura y la lectura, poseen su propia impronta particular, en consecuencia, la historia de la lectura se transforma en un discurso heterogéneo, de muchas voces; un acceso polifónico, etnográfico y antropológico, con imbricaciones múltiples e imprevistas.

En segunda instancia, este cambio de mentalidad de los historiadores en relación con su objeto de estudio tuvo, inequívocamente, una diversidad temática de compleja determinación. Una de las ideas más interesantes en este cambio, siempre en el tópico de la historia de la lectura, fue la modificación del concepto de “sectores de elite” y “sectores populares”. Tradicionalmente se pensaba que los hábitos de lectura eran compartimientos inamovibles e incommunicados, esto es, que los grupos “de arriba” o privilegiados accedían a un conjunto de libros diferentes de los de los grupos “de abajo” o populares. Sin embargo, a partir de numerosas investigaciones, se ha podido demostrar que la lectura tiene una “vocación diagonal o transversal” en la sociedad. De modo que impresos destinados a individuos con una alfabetización elemental y precaria también podían ser del gusto de los grupos letrados, tal como lo ha estudiado Robert Darnton en la sociedad francesa del siglo XVIII, principalmente en la difusión de la literatura erótica (2003). Otro ejemplo similar es el brillante trabajo de Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos*

(1999), que relata la apropiación textual por un humilde molinero de un conjunto de obras “aparentemente” destinadas a la elite.

En tercer lugar, la caída de otro largo e impoluto reinado: el del autor. La identidad de un texto es uno de los temas de mayor interés en el campo de la ecdótica moderna y la creación literaria. Ante los usos y las formas que acontecen en los libros se impone una pregunta: ¿quién es, o quiénes son, en definitiva, el autor o los autores de un discurso donde confluyen varias representaciones textuales? La discusión por la autoría posee una larga duración; en ella han confluído distintas corrientes de pensamiento (*New Criticism*, Bibliografía Analítica, Sociología de los textos, teoría de la recepción), así como los aportes de Michel Foucault, Roland Barthes, Pierre Bourdieu. Abordar este tópico constituye, sin duda, una tarea sin resolución definitiva. Para unos el autor no existe y para otros, según las tendencias de la crítica imperante, se convierte en un demiurgo con una genialidad casi exasperante.

Muchos de los aportes de la moderna historia de la cultura y de la bibliografía se han centrado en dos aspectos que redefinieron el concepto de autor. Por un lado, el más conocido: la práctica de la lectura sobre la escritura original completa o recrea, a veces en forma totalmente novedosa, el discurso original. Por otro lado, un aspecto inesperado: la modificación del texto y de la lectura a partir de los distintos soportes del trazo escrito, ya sea manuscrito, impreso o virtual. Robert Escarpit había señalado hace cuatro décadas el concepto siguiente: “el libro es una máquina para leer” (1968:15). Esta frase, en ese entonces, sonaba extraña y algo incomprensible, ya que el fenómeno de la lectura se centraba, principalmente, en un universo abstracto. Las palabras de Escarpit evocaban el aspecto utilitario del libro.

Un libro, pues, es una estructura material donde confluyen las voluntades creadoras de muchos; por lo tanto, una obra es una tarea compartida entre el autor, la corporeidad física donde se “posiciona” el

texto, los universos interpretativos y las prácticas de los lectores, y aquellos que “hacen” a la construcción y a la distribución de la cultura impresa (tipógrafos, editores, libreros, bibliotecarios, etc.).

En este contexto, entonces, acontece una revolución inédita en la historia de la paternidad de la producción de textos: el autor, sin duda fundamental e irremplazable, deja de ser el centro exclusivo de la atención de los historiadores de la cultura y, por lo tanto, el lector surge como una figura paradigmática y huidiza, cuyo conocimiento, al parecer, tiende a convertirse en el vórtice seductor de la historia de la lectura. El lector, en suma, sube al Olimpo inaccesible del autor y ahora pugna por una posición de privilegio como el “constructor final” del texto.

En cuarto lugar, la irrupción de nuevas tendencias en la “historia escrita” que han coadyuvado a una reelaboración integral de la historia de la lectura ampliando, de este modo, su campo de estudio a áreas antes dejadas de lado. Un cambio fundamental fue el desarrollo de la “microhistoria”, es decir, el estudio de temáticas “aparentemente mínimas” para comprender los fenómenos sociales y culturales. Los lectores, en este contexto, dejaron de ser una entidad cuantitativa y un interés propio de los sectores letrados; poco a poco, se generó la idea de conocer las maneras de acceder de los individuos al universo escrito e impreso. Pero la microhistoria no fue un acontecimiento aislado. Otros cambios importantes fueron los siguientes: la aparición de los estudios del género, la historia de las imágenes y el desarrollo de la oralidad (Ong, 1993). Estas nuevas orientaciones enriquecieron la historia de la lectura a partir de las representaciones visuales y, fundamentalmente, al incorporar la mirada femenina y la de otros sectores postergados y excluidos. Sin embargo, es fundamental puntualizar la presencia de dos direcciones novedosas que han influido decisivamente en el tópico de la lectura: la sociología de los textos y la relectura moderna de la paleografía. En el primer caso se destaca D. F. McKenzie (1991),

cuyos aportes desde el campo de la Bibliografía han sido fundamentales para determinar, entre otros numerosos aportes, la variabilidad de la construcción social de los autores en su íntima relación con el universo tipográfico. Y en el segundo caso, la extraordinaria personalidad intelectual de Armando Petrucci (1999 y 2003), quien revolucionó radicalmente la paleografía tradicional al hacer hincapié en la escritura y su interpretación cultural y política.

Todos estos cambios permiten reflexionar sobre la historia de la lectura y su futuro. Posiblemente, a corto plazo, no será extraña la proliferación de estudios vinculados a esta temática, tales como el análisis de los gestos y las posiciones ergonómicas en el momento de leer, las instancias históricas y particulares de la lectura silenciosa o en voz alta tanto en el ámbito privado como en el público, la importancia decisiva de la *murmuratio* (murmurar cuando se lee) como una herramienta para fijar un texto determinado, los diversos modos de los sectores parcialmente alfabetizados para acceder a la cultura escrita, el rol fundamental de los “mediadores lectores” en la apropiación de la lectura por parte de los analfabetos, el fenómeno de la lectura urbana y su relación con los sectores rurales, la variedad de los recursos de producción (manuscrita, escrita y virtual) para incursionar en la lectura, la complejidad de las maneras (la mano, la máquina de escribir, el teclado) para elaborar textos, las relaciones del poder con la escritura y la lectura (el manejo político del universo tipográfico y textual) como elemento de dominación de otros sectores sociales, los fenómenos de exclusión para acceder al mundo del libro, la distribución del texto en el espacio manuscrito y gráfico, las diversas tipologías de la tipografía y sus “juegos” en la imposición de la página, la dialéctica proporcional de “lo negro y lo blanco” en la composición impresa (Torné, 2001), y cientos de otros temas que permitirían conocer, aunque sea muy someramente, parte de nuestra cultura escrita. La ocasión entonces

es inmejorable. Si bien es cierto que esta nueva y apasionante materia requiere un trabajo interdisciplinario, pues la polifonía de sus recursos tiende a ser infinita y adquirir proporciones “corales”, los investigadores culturales se encuentran ante una temática cuya seducción se torna irresistible.

Empero, la historia de la lectura es una disciplina “en palpitante construcción”; su campo de estudio, indefinido; su terminología, cambiante; sus fronteras, móviles; y sus inagotables traslados, diagonales e interdisciplinarios, la definen desde el marco de una riqueza escurridiza, de complejo asedio. No obstante, su vasto universo permite nuevas reflexiones, pues es un tópico que hace a la esencia misma del hombre, esto es, a las diversas formas en las que los individuos “capturan” los textos, inmersos en el rigor dubitativo de una civilización signada por el imperio de la textualidad.

En esta última circunstancia se presentan varios interrogantes cuyas repuestas se posicionan en el ámbito de una “opera abierta”, sin cerrojos únicos ni definitivos. Entonces el inventario preliminar de preguntas sería el siguiente: ¿acaso no es insuficiente hablar de una sola historia de la lectura?, ¿cuál ha sido su evolución?, ¿el estudio de su proceso histórico no consiste en un análisis del poder político?, ¿qué relación existe entre la materialidad del texto y la subjetividad del acto de leer?, ¿qué papel desempeña el relativismo cultural en este tópico?, ¿qué significa una filosofía o, tal vez, una historia de la sensibilidad de esta disciplina?, ¿quizás este campo no desembocará en una historia general de los lectores?, ¿existe una fenomenología o una axiología social de la historia de la lectura?, entre otras muchas dudas casi sin resolución inmediata.



Intentaremos dar una breve respuesta a algunas de estas preguntas; intentos, sin duda, provisionales, parciales y rectificables. Acaso uno de los temas más apasionantes de la civilización escrita y lectora sea la historia de su evolución. En este punto, en las últimas décadas aconteció un cambio trascendental, pues lenta pero aún no definitivamente, la historia de la lectura ha despertado tanto interés que ha desplazado a la historia del libro y de las bibliotecas. Muchos investigadores sostienen que su desarrollo posee tal magnitud que ya supera a esas disciplinas tradicionales. Recientemente han surgido concepciones novedosas. Alistair Black, por ejemplo, en un intento integral y debido al auge de las ciencias de la información en el siglo XXI, plantea la necesidad de estudiar estos campos bajo el nombre de *Information History* (Black, 1998). De modo que nos encontramos ante una asignatura cuya área de estudio es “movidiza”, vale decir, inmersa en un proceso de definición e identificación. Lo mismo sucede con su terminología. Algunos de los conceptos que se emplean con frecuencia en los textos escritos sobre la historia de la lectura tienen cierta ambivalencia conceptual o se utilizan en un contexto de interpretación compleja. Términos tales como “prácticas de lectura”, “apropiaciones de los textos escritos e impresos”, “representaciones culturales” son una prueba de ello. Esto no significa, en ninguna instancia, desconocer su aporte fundamental sino, por el contrario, detenerse en el hecho de que “su soporte lingüístico es una empresa en constante y dinámica construcción”, un “quehacer cambiante” en prospectiva.

Por otra parte, la aventura de esta disciplina no se detiene frente a ese umbral. Hasta ahora el universo escrito y lector se ha centrado en la escritura, en el códice, en el libro impreso, en las bibliotecas y, recientemente, en el fenómeno de

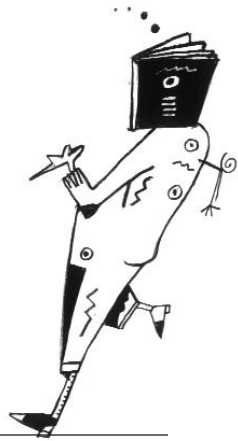
las apropiaciones lectoras. En este momento se abre un abanico de expectativas ante el advenimiento de la computación y, por ende, el mayor predominio de una lectura antes inexistente: “la lectura informática”. La variedad de soportes textuales se ha multiplicado y, necesariamente, el universo manuscrito, el tipográfico y el digital deben convivir compartiendo sus propios ámbitos. Sin embargo, esta convivencia no se funda en compartimientos estancos. Existe un ambiente dinámico donde la imbricación de los soportes y de las lecturas se resuelve en un juego dialéctico. En los sucesivos períodos históricos ha imperado una forma de apropiarse de los textos, pero este dominio nunca implicó el desplazamiento de una práctica anterior. La sutilidad de la pluma en la esfera manuscrita, el recurso multiplicador de la tipografía en el taller de imprenta, la ubicua y omnimoda presencia de la pantalla electrónica fueron y son, en definitiva, representaciones simbólicas solidarias entre sí, aunque en ocasiones pugnen desesperadamente por lugares de privilegio. No sería extraño, pues, que en el devenir de este campo su interés se centrara, casi con exclusividad, en la historia de los lectores o, ya más osadamente, en la de la sensibilidad y de las prácticas de los lectores. Es importante señalar, además, que no existe una única e inefable historia de la lectura. Ya que el acto de leer se define desde una instancia material (objeto-soporte) y en presencia de una dimensión personal (la abstracción introspectiva de una subjetividad), necesaria e ineludiblemente pueden existir tantas historias de la lectura como individuos lectores. Tal vez el intento de “historiar” la experiencia de leer se fundamente en una quimera enraizada en un sutil extremismo cultural. Empero, como todo quehacer que identifica al hombre, constituye una utopía que merece el rango de ser intensamente vivida y dialogada, no obstante la desmesura radical de su análisis. Pues en cierto sentido amplio, la lectura es un acto de desmesura humana, donde la libertad adquiere su sentido último de subversión creadora.

Pero la historia de la lectura no finaliza en esta primera pesquisa, ya que es un acontecer que trasciende su objeto de estudio. Ésa es la razón por la cual tantos indicios confirman que su vocación también tiende a instalarse “más allá” de sus límites, fuera de sí misma, próxima a convertirse en un acto de fe “transfronterizo”. Su precoz capacidad teórica, e incluso epistemológica, la impulsan a generar una gran cantidad de preguntas y explicaciones provisionales. Gracias a ella podemos observar que los soportes de la lectura, cualesquiera que sean, poseen la corporeidad característica de los objetos culturales, cuya “cosibilidad” palpitante y mutante los identifica como elementos imprescindibles para el cambio social, la comprensión del otro, el crecimiento individual y comunitario, el desarrollo del espíritu crítico y el fomento de la tolerancia.

Acaso la historia de la lectura alcance, al final del camino, un destino paradójico. Quizá termine como comenzó: de la lectura de una tablilla de arcilla sumeria a la lectura en la pantalla de un celular. Un largo y sinuoso sendero separado por la impronta textual y lectora de numerosas prácticas; una huella cobijada por la mano que sostiene un trozo de barro en la escritura cuneiforme y otra mano moderna que produce textos digitales y virtuales. Dos estilos similares, dos formatos casi idénticos: una lectura con el polvo de la tierra y la otra merced a los circuitos electrónicos. Ante este aspecto inesperado, cabe plantearse una última pregunta: ¿la historia de la lectura no será, además, un discurso casi darwiniano de la adaptación de los soportes de lectura a las manos y a los ojos? La respuesta es, por definición, inabordable. No obstante, el interrogante manifiesta una realidad: la escritura y su lectura nacieron como operaciones artesanales contables, administrativas y religiosas; luego, en cierto momento, se abrió la caja de Pandora y ya el mundo fue algo muy distinto.



En Pompeya, entre innumerables vestigios textuales, encontraron un grafito en una columna, al parecer, aunque no es seguro, redactado por un niño en alusión al propietario del edificio; decía lo siguiente: *Labyrinthus: hic habitat Minotaurus*. (“El laberinto: aquí vive el Minotauro”). La leyenda estaba acompañada por un cándido pero elocuente dibujo de un laberinto. Lo interesante de esta breve frase latina no son, precisamente, muchos de sus aspectos relevantes sobre los usos de la escritura y la lectura en la Antigüedad, sino la metáfora que la mano trazó al unir la capacidad de escribir y leer con el serpenteante laberinto. La multiplicidad de caminos y sus zigzagueantes vericuetos, la capacidad laberíntica para construir otra realidad sobre la realidad misma constituye una de las aventuras más misteriosas que pretende desentrañar la historia de la lectura.



---

**Alejandro E. Parada** es licenciado en Bibliotecología y Documentación. Autor de numerosos artículos y libros sobre historia del libro y la lectura, actualmente se desempeña como investigador en el Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas (FFyL-UBA) y como director de la biblioteca de la Academia Argentina de Letras.



## Referencias bibliográficas

- Bajtín, Mijaíl (1990) *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza.
- Black, Alistair (1998) "Information and Modernity: the History of Information and the Eclipse of Library History", *Library History* 14, pp. 39-45.
- Bouza Álvarez, Fernando J. (1997) *Del escribano a la biblioteca: la civilización escrita europea en la Alta Edad Moderna (siglos XV-XVII)*, Madrid, Síntesis.
- Burke, Peter (ed.) (1993) *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza.
- (2001) *La cultura popular en la Europa moderna*, Madrid, Alianza.
- Caro Figueroa, Gregorio (2002) *Salta, bibliotecas y archivos*, Salta, Los Tarcos.
- Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier (dirs.) (1998) [1997] *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus.
- Chartier, Roger (1991) "Las prácticas de lo escrito". En: Ariès, Philippe y Georges Duby (dirs.) *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 5, pp. 113-161.
- (1993) *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza.
- (1995) [1984 y 1987] *Sociedad y escritura en la Edad Moderna: la cultura como apropiación*, México, Instituto Mora.
- (1996a) [1992] *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Barcelona, Gedisa.
- (1996b) "Les représentations de l'écrit [Las representaciones de lo escrito]", *Investigación: Publicaciones: Estudios Sociales*, 13.  
<http://www.argiropolis.com.ar/documentos/investigacion/publicaciones/es/13/chartier.htm> [Consulta: 15 de mayo de 2002].
- (1999) *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa.
- Comadrán Ruiz, Jorge (1961) *Bibliotecas cuyanas del siglo XVIII*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, Biblioteca Central.
- Cucuzza, Héctor R. (dir.) (2002) *Para una historia de la enseñanza de la lectura y la escritura en Argentina*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Cutolo, Vicente O. (1955) "Bibliotecas jurídicas en el Buenos Aires del siglo XVII", *Universidad* 30, pp.105-183.
- Darnton, Robert (1982) *L'aventure de l'Encyclopédie, 1775-1800: Un best-seller au siècle des Lumières*, París, Librairie Académique Perrin.
- (1998) [1984] *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, Buenos Aires, FCE.
- (2003) *El coloquio de los lectores*, México, FCE.
- Di Stefano, Roberto (2001) "Religión y cultura: libros, bibliotecas y lecturas del clero secular rioplatense (1767-1840)", *Bulletin Hispanique* 2, pp. 511-541.
- Escarpit, Robert (1968) *La revolución del libro*, Madrid, Alianza.
- Furlong, Guillermo (1944) *Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica*, Buenos Aires, Huarpes.
- Ginzburg, Carlo (1999) [1976] *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik.
- Gutiérrez, Leandro H. y Luis A. Romero (1995) *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Jardine, Lisa y Anthony Grafton (1990) "'Studied for action': How Gabriel Harvey read his Livy", En: *Past & Present* 129, pp. 30-78.
- Leonard, Irving A. (1953 y 1996) [1949] *Los libros del Conquistador*, México, FCE.
- Luque Colombres, Carlos A. (1945) *Libros de derecho en bibliotecas particulares cordobesas: 1573-1810*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba. Instituto de Estudios Americanistas.
- Mangel, Alberto (1999) [1996] *Una historia de la lectura*, Bogotá, Norma.
- McKenzie, D. F. (1991) [1985] *La bibliographie et la sociologie des textes*, París, Éditions du Cercle de la Librairie.
- Ong, Walter J. (1993) [1982]. *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*, México-Buenos Aires, FCE.
- Parada, Alejandro E. (1998a) "Lectura y lectores durante la primera década independiente (1810-1820)". En: *Los días de Mayo*; coordinador Alberto David Leiva, San Isidro, Provincia de Buenos Aires, Academia de Ciencias y Artes de San Isidro, 1, pp. 347-363.
- (1998b) *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia: una aproximación a través de los avisos de La Gaceta Mercantil (1823-1828)*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

- (2002) *De la biblioteca particular a la biblioteca pública: libros, lectores y pensamiento bibliotecario en los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, 1779-1812*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras (UBA), Ediciones Errejotapé.
- (2003a) "La historia del libro, de las bibliotecas y de la lectura en la Argentina: una aproximación a sus nuevos ámbitos y tipologías". En: *Referencias* 8, 1, pp. 10-11.
- (2003b) "El libro y sus ámbitos". En: *Nueva Historia de la Nación Argentina. La Argentina en siglo XX: 1914-1983, X Dimensión Cultural*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, Planeta, X, pp. 137-163.
- (2004) "La nueva historia del libro y las bibliotecas en la Argentina: antecedentes, historia y periodización". En: *Tendencias de la investigación bibliotecológica en la Argentina = Library Research in Argentina: new approaches*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras (UBA), pp. 37-47 y pp. 73-80.
- (2005) *El orden y la memoria en la Librería de Duportail Hermanos: un catálogo porteño de 1829*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras (UBA).
- Petrucci, Armando (1999) *Alfabetismo, escritura, sociedad*, Barcelona, Gedisa.
- (2003) *La ciencia de la escritura: primera lección de paleografía*, Buenos Aires, FCE.
- Prieto, Adolfo (1988) *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Ripodas Ardanaz, Daisy (1977-1978) "El libro a través de un epistolario finicolonial: cartas altoperuanas del oidor Ussoz y Mozi al prebendado Saracibar". En: *Logos* 13-14, pp. 423-435.
- (1989) "Libros y lecturas en la época de la Ilustración". En: *Historia general de España y América. América en el siglo XVIII. La Ilustración en América*, Madrid, Rialp, XII, pp. 467-496.
- (1994) *La biblioteca porteña del obispo Azamor y Ramírez: 1788-1796*, Buenos Aires, PRHISCO-CONICET.
- (1999) "Libros, bibliotecas y lecturas". En: Academia Nacional de la Historia. *Nueva Historia de la Nación Argentina: 3. Período español (1600-1810)*, Buenos Aires, Planeta, pp. 247-279.
- Sabor Riera, María Á. (1974-1975) *Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX*, Resistencia, Universidad Nacional del Nordeste, Dirección de Bibliotecas.
- Sarlo, Beatriz (2000) [1985] *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Norma.
- Stoddard, Roger E. (1985) *Marks in Books*, Cambridge, Harvard University, Houghton Library.
- Torné, Emilio (2001) "La mirada del tipógrafo: el libro entendido como una máquina de lectura", *Litterae. Cuadernos sobre Cultura Escrita* 1, pp. 145-177.
- Torre Revello, José (1940) *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Filosofía y Letras (UBA).
- (1965) "Bibliotecas en el Buenos Aires antiguo desde 1729 hasta la inauguración de la Biblioteca Pública en 1812", *Revista de Historia de América* 59, pp. 1-148.
- Vera de Flachs, María C. (2000) "El libro como representación: graffitis y caricaturas en los textos de la biblioteca jesuítica de la Universidad de Córdoba". En: Aspell, Marcela y Carlos A. Page (comp.) *La biblioteca jesuítica de la Universidad Nacional de Córdoba*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, pp. 85-100.
- Verón, Eliseo (1999) *Esto no es un libro*, Barcelona, Gedisa.

